

JAIME GUZMAN E.

¿Chilenos?



Habiendo intervenido durante años muy combativos de nuestra vida pública, nunca he sido partidario de prodigar con ligereza el calificativo de "antipatriota" a quienes sustentan posturas diferentes. Pienso que aun cuando uno aprecie una conducta como contraria al bien de Chile, aquellos que la adoptan lo hacen generalmente porque —desde su perspectiva— la consideran beneficiosa para el país.

Lo ocurrido en los últimos días revela, sin embargo, que así como los seguidores explícitos de Marx y de Lenin han renunciado voluntariamente al sentido de Patria, al adherir al internacionalismo proletario, también hay demócratas para los cuales el sentimiento y la dignidad del patriotismo se han debilitado hasta su virtual desaparición.

El boicot contra Chile, aprobado a iniciativa de una agrupación sindical norteamericana, en la cual han demostrado mezclarse la insuperable pretensión imperialista de importantes sectores norteamericanos, con los procedimientos propios de las mafias gangsteriles, ha sido vastamente repudiado como gravísima amenaza para el orden jurídico internacional. Las Naciones Unidas y sus organismos dependientes, muchos ya bastante desnaturalizados en cuanto tales, pasarían a reputarse sencillamente inútiles, si una agrupación sindical intenta cercar por la fuerza del aislamiento a un determinado país, para imponerle, con estilo de "horea y cuchillo", los propios esquemas o intereses de aquella.

Se ha subrayado, asimismo, los delicados alcances que reviste la indudable responsabilidad que en esta acción intervencionista le cabe al gobierno del señor Carter, incluyendo directamente a un funcionario de su embajada en nuestro país.

Pero en lo que procede insistir con mayor énfasis, es en la vergüenza histórica que implica la actitud asumida frente al boicot, por quien oficia de cabeza de la pequeña cúpula partidista de la ex Democracia Cris-

tiana, y por los dirigentes sindicales del llamado Grupo de los 10.

Ambos han rehusado condenar la medida, prefiriendo analizar las que estiman como "causas" de éste. Nadie niega el derecho a discrepar de la política laboral del Gobierno. Pero cuando se adjudica a ésta el carácter de *causa válida* para explicar un boicot a Chile, implícitamente se lo está justificando.

Una penosa declaración del Arzobispado de Santiago, resbalando parcialmente por análogo camino, tuvo al menos el elemental patriotismo para reprobar el boicot. Pero en cambio las mencionadas oligarquías político-sindicales, de hecho lo han justificado. Y es que su larga instigación de la asonada, en la que han dejado profusas huellas digitales, no les permite impugnar públicamente a sus solícitos aliados foráneos.

No es ésta la oportunidad para recalcar las contradicciones e inconsistencia de esas *presuntas* "causas", especialmente en cuanto omiten que uno de los fundamentos del acuerdo de ORIT es la permanencia del actual régimen, demostrando así el ataque frontal a éste que entraña la maniobra. Ahora, los verdaderos chilenos nos preparamos para derrotar el boicot. No caben las "mediaciones" ni las "fórmulas de arreglo", porque la soberanía de Chile no se negocia ni se transa. Una vez más venceremos la agresión foránea, con nuestro propio sacrificio e ingenio. Y cuando lo logremos, habrá muerto la última amenaza que aquella esgrimía frente a nuestro avance soberano hacia una *nueva institucionalidad democrática, cuya gradual concreción es precisamente lo que descontrola a la oposición política.*

Pero lo que no se borrará jamás es la ignominia de quienes, ostentando jurídicamente la nacionalidad chilena, han demostrado ser hombres sin sentido de Patria, que merecen ser aventados definitivamente de la vida cívica del país.

D. JG
ERCILLA
1978

BOICOT 2

Carrera con obstáculos

□ Consecuencias comerciales pueden evadirse. Daño a la economía no sería irreparable

Para quienes impulsaron el boicot —y también para los que todavía le temen— tal vez valga la respuesta que un empresario dio a ERCILLA:

—Chile no es un país gratis para el mundo.

Si a corto plazo un arma de esta naturaleza puede causar algunos estragos en el terreno económico y social, a mediano plazo Chile no tiene las manos vacías para negociar. El cobre, su principal producto de exportación y del que se le considera como primer proveedor mundial, es imprescindible para los países industrializados, que, posiblemente, no verán con buenos ojos un alza en su precio si éste se hiciera escaso como consecuencia de un boicot sindical.

Aunque la importancia del cobre ha disminuido dentro del total de exportaciones chilenas —equivale al 50 por ciento—, muchos economistas han sostenido en el último tiempo que Chile debería incitar a los países miembros del Cipeac hacia una política más agresiva en los mercados internacionales. Y en este rubro Chile tiene peso.

Los problemas políticos que repercutieron en las producciones cupríferas de Zaire y Zambia, transformaron a nuestro país en uno de los principales, y más puntuales, abastecedores de metal de numerosas economías europeas, por lo que su ausencia se haría sentir.

Sin embargo, para la gran mayoría no es probable que esto ocurra, al menos en un primer momento. El cobre chileno en nada se diferencia del de otros países que podrían asumir su comercialización. Queda, en todo caso, la alternativa de seleccionar los países compradores como una forma de defensa.

Pero si al mediano plazo Chile puede barajárselas con el cobre —a lo que deben sumarse acciones de carácter legal, pues un boicot de esta naturaleza a juicio de muchos, interfiere en las normas de comercio internacional— quedan por ver los efectos inmediatos.

Comercio triangular

La política de comercio exterior impulsada por el modelo vigente —que no se